

40 EDICIÓN

CONCURSO DE CUENTOS

NAVIDEÑOS REMOLINOS

DICIEMBRE 2025



**Ayuntamiento
Remolinos**

**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA A**

“UNAS NAVIDADES MUY FELICES”

De Rafael Coscolluela y Jorge Pérez

de Tauste (Zaragoza)

Unas navidades muy felices

Era Nochebuena y Pablo estaba muy contento porque toda su familia había venido a cenar a su casa. La mesa estaba llena de cosas riquísimas: croquetas, pollo asado, turrón y galletas que había hecho su abuela. Todos hablaban y se reían mucho.

Cuando terminaron de cenar, empezaron a jugar al amigo invisible. Cada uno sacaba un papelito y tenía que buscar su regalo. Algunos regalos eran divertidos, como unos calcetines con renos, y otros eran muy chulos, como una linterna que cambiaba de color. Pablo recibió un cuaderno lleno de pegatinas y le encantó.

Después hicieron juegos de retos. Tenían que imitar animales, cantar villancicos con la boca cerrada y caminar como un robot sin reírse. Su primo Mario se cayó al intentar hacer el baile del reno y todos se rieron un montón.

Cuando ya parecía que se habían acabado las sorpresas, Pablo recordó algo:

—¡Esperad! —dijo—. ¡Falta un regalo secreto!

Todos se miraron sorprendidos. Pablo corrió al salón y metió la mano detrás del sofá. Allí tenía escondido un paquete pequeño, envuelto en papel dorado. Lo había preparado él mismo.

—Es para todos —dijo muy orgulloso.

Dentro había una bola de Navidad que había pintado a mano. Tenía dibujados a toda la familia y un mensaje que decía: “*Las mejores Navidades son contigo.*”

Todos se emocionaron y dieron un abrazo enorme a Pablo.

Al final, siguieron jugando, comiendo galletas y riéndose hasta muy tarde. Pablo pensó que esa había sido, de verdad, las mejores Navidades de su vida.

**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA A**

“UNAS NAVIDADES CALUROSAS”

De Martín Moreno y Zakaria El Khadim

de Tauste (Zaragoza)

Unas Navidades Calurosas

Era 20 de diciembre y en nuestro pueblo todos estaban súper contentos. Había luces por todas partes, en las ventanas, en las farolas y hasta en los árboles del parque. Hacía un frío que te dejaba la nariz roja, pero a todos nos gustaba porque ya casi era Navidad.

Pero entonces pasó algo rarísimo.

De repente, empezó a hacer mucho calor, pero MUCHO. Primero nos quitamos los guantes, luego los abrigos, y al final parecía que estábamos en verano. La nieve se empezó a derretir tan rápido que hacía "sssshhh" como cuando echas agua en una sartén caliente.

La gente del pueblo se puso triste, porque sin nieve no parecía Navidad. Las luces ya no brillaban igual, y los muñecos de nieve se convirtieron en charcos.

Entonces el abuelo Paco dijo:

—¡Seguro que esto es cosa del Monstruo del Calor!

Ese monstruo vivía dormido en una cueva y odiaba la Navidad, así que cuando se despertó, sopló aire caliente por todo el pueblo para acabar con el frío.

Como nadie sabía qué hacer, fuimos todos a llamar al Monstruo Muñeco de Nieve, que era muy grande, muy blanco y muy simpático. Vivía en la Montaña Helada y siempre ayudaba cuando había problemas de temperaturas.

—¿Nos puedes ayudar? —le preguntamos.

Él dijo que sí, y empezó a soplar un viento frío y a mover sus manos gigantes para crear copos de nieve nuevos. Poco a poco volvió el invierno, la gente sonrió otra vez y el pueblo recuperó su espíritu navideño.

El Monstruo del Calor intentó escapar, pero el Monstruo Muñeco de Nieve sopló tan, tan frío que lo congeló entero, dejándolo como un bloque de hielo.

Al final lo llevaron al museo del pueblo y lo pusieron como si fuera una escultura gigante. Todos los turistas iban a verlo, y cada Navidad le colgaban un gorrito de Papá Noel.

Y así, gracias al Monstruo Muñeco de Nieve, las Navidades volvieron a ser frías, blancas y felices

**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA B**

“LOS TRES REYES MAGOS”

De Jorge Marco Domínguez

de Remolinos (Zaragoza)

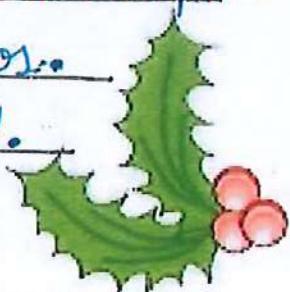


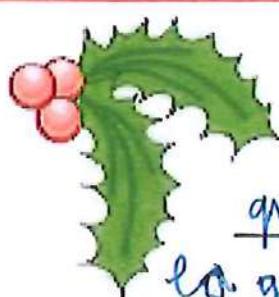
LOS TRES REYES MAGOS

En un lugar muy cercano, la noche era muy oscura. Melchor, está lea muy cansado. A lo lejos se escuchan ruidos peligrosos que parecían leombras. Hoy el día ha sido de mucha trabajo, ha leído muchos heridos y ha realizado muchos operaciones. Ha salvado la vida de muchas personas con pocas medicinas y poco material, en un hospital que es una tienda de campaña, porque Melchor es médico de "Médicos sin fronteras" y trabaja en un país en guerra.

Hoy es 24 de diciembre y cena con Gaspar en el campamento de refugiados.

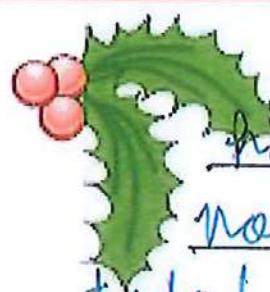
Gaspar trabaja para "Cruz Roja". Trabaja mucho porque tiene que repartir todos los alimentos en



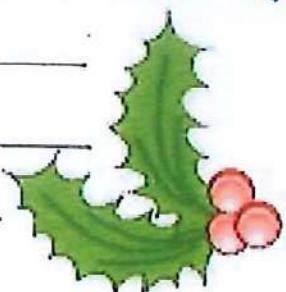


el campo de refugiados. Allí hay muchas familias y niños que no tienen comida por culpa de la guerra. Los alimentos llegan de todas las partes del mundo, pero no son suficientes. Melchor y Gaspar son amigos. Se conocieron ayudando a las personas que sufren por la guerra. Algunas veces están muy tristes, porque ven cosas horribles, pero otras veces están menos tristes, porque ven sonrisas y amor en personas que no tienen nada. En el campo de refugiados de guerra, no hay mucha comida. Gaspar ha preparado arroz y lentejas. Tienen comida gracias a Baltasar, un niño de once años que vive en Zaragoza. Hace 2 semanas decidió ayudar a los niños que están sufriendo la guerra. Baltasar abrió su billetera y sacó 50 euros. Ese dinero se lo habían regalado sus abuelos.





por su cumpleaños. Baltasar lo
había guardado en su bucha porque
no sabía que comprarse. Él tenía de
todo. Así que, tuvo una idea. Pidió ayuda
a sus papás para donar ese dinero a los
niños que estaban en guerra. Con ese dinero
de Baltasar se había comprado el arroz
y las lentejas que hoy iban a cenar Melchor,
Gaspar y más familias. Además se
habían comprado más medicinas muy
importantes. Melchor, Gaspar y Baltasar
aunque no vivían en el mismo país
unieron sus corazones el día de Nochebuena
y pidieron juntos por la PAZ en el mundo.
Habían llevado su magia a un país que
estaba sufriendo. Todos podemos ser
un Rey Mago si ayudamos a los demás.
¡No a la guerra!



- FIN -

**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA B**

“UN ADVIENTO CON SABOR A CHUCHE”

**De Vega Carcas Pérez
de Remolinos (Zaragoza)**

UN ADVIENTO CON SABOR A CHUCHE

¡ Llamando a todos los elfos traviesos, reunión en mi Taller en cinco minutos !

- anuncio Papá Noel por el altavoz.

Todos los elfos se empezaron a preparar y antes de los cinco minutos ya estaban todos allí, esperando el discurso de Papá Noel.

- En unos días comienza el adveniento y como ya sabéis, os he elegido a vosotros, mis elfos más traviesos, para que vayais a las casas de mis pequeños y los divirtáis con vuestras trastadas nocturnas y secretas.

Y sobre todo recordad que si os tocan se pierde la magia de la Navidad. - apunto Papá Noel.

Este año mis gemelos Regaliz y Pirupeta ireis juntos a casa de Blanca y de su hijo Leo.

A Blanca parece que le da un poco de pereza tener un elfo en casa así que esta vez tendrán una pequeña sorpresa y un elfo por partida doble. - río Papá Noel.

¡ A preparar vuestras maletas que empieza vuestra aventura !

¡Puuummm!

De repente Regaliz y Piruleta aparecieron en casa de Blanca y Leo.

Todos dormían y no podían hacer mucho ruido.

A la mañana siguiente sonó el despertador y al llegar a la cocina la familia se llevó una gran sorpresa y esta vez por duplicado.

La noche anterior los elfos estaban tan hambrientos que se habían comido todo el desayuno de Blanca y Leo y ahora solo quedaban las migas y dos elfos dormidos encima de la mesa después de un buen atracón.

Blanca no daba crédito a lo que estaba viendo, en cambio, Leo quiso tocarlos y su mamá le advirtió que si los tocaba perderían la magia para siempre.

Más tarde salieron a desayunar fuera y al volver los hermanos habían desaparecido.

Leo solo tenía ganas de irse a dormir para disfrutar al día siguiente la nueva trastada aunque a su madre no le hacían mucha gracia.

Conforme fueron pasando los días Blanca se empezó a levantar con la misma ilusión que Leo y corrían por toda la casa.

Llegaba el fin del adviento y a los egos les daba mucha pena la vuelta al Polo Norte, pero aquella vez estaban muy satisfechos porque el trabajo que Papá Noel les había ordenado había salido a la perfección.

Por su parte a Blanca y Leo les entristecía que llegase el día veinticuatro ya que eso significaba que a la mañana siguiente iban a echar de menos a sus egos preferidos.

Llegó el día veinticinco y todos corrieron al árbol para ver que regalos había dejado Papá Noel. Entre todos ellos Blanca y Leo vieron un Regaliz y una Piruleta con un mensaje al lado que decía:



BELLA

**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA C**

“UNA NOCHEBUENA DIFERENTE”

De Victoria Sánchez Aranda

de Málaga

UNA NOCHEBUENA DIFERENTE

Mateo arroja las gallinas al pozo, sube la mula al alero del establo y oculta al pastor bajo el río de plata. Mira de soslayo antes de esconder con bastante parsimonia bajo el sofá el reguero de virutas de serrín que delata su pequeña travesura. Ha convertido el cambiar de sitio las figuritas del portal de Belén en toda una tradición. Debe ser meticuloso y no dejar rastro, su madre no se enfadará mientras ande ocupado y no ensucie o arme mucho lío en la cocina. La que sí se enojará será su prima, en cuanto termine de alisarse su interminable melena adolescente y se dé una buena mano de pintura, bajará al salón y comprobará que el árbol de Navidad vuelve a estar forrado con espumillón de mil colores, que no tenía que haber perdido de vista el espray de nieve y, por supuesto, que el nacimiento no está representado como debería. Y con la cara apretada volverá a prometerse que es el último año que ayuda a su tía con la decoración navideña.

Mateo finge mullir los cojines del sofá para inmortalizar con el móvil el inminente e inevitable cabreo de su prima, que con los ojos entornados y mascullando algún que otro improposito, acaba de colocar a la mula en su sitio y tiene localizado al pastor, pero sigue buscando a las gallinas. Su tía no se pierde detalle mientras alisa arrugas imaginarias del refinado mantel bordado a mano reservado para ocasiones especiales, y guiñándole un ojo al niño, le pide que le ayude a poner la mesa.

El pasillo que enlaza la cocina con el salón comedor se convierte en un trasiego de aromas, colores y matices que conforman el popurrí de entrantes y aperitivos. Entre idas y venidas, su madre y su tía discuten sobre si han salpimentado o no el relleno de la carne, y sus maridos, apuntalados en el mueble bar, sobre qué añada de vino es la mejor.

Las abuelas, atrincheradas alrededor de la mesa camilla, cortan turrones en pequeños dados como si no existiera un mañana, construyen torres de polvorones sobre mantecados, alfajores y roscos, y esculpen corazones de bombones sobre las bandejas de plata de sus preciados ajuares. Y los abuelos continúan lidiando con *Alexa* para que les confeccione una lista de villancicos que aguante toda la velada.

De repente, un rechinar metálico proveniente de la chimenea se mezcla con *La Marimorena*. Un envalentonado Mateo se acerca para comprobar la causa del estridente

ruido, y justo antes de asomar su cabeza por el hueco, un orondo Papá Noel, saco de juguetes al hombro, aterriza ante sus ojos en medio de una nube de hollín.

—¡Tío Luis! ¡Qué fuerte, este año te has superado, campeón! ¡Menuda entrada! ¡Prepárate que viene mi madre, verás la que te va a caer! —grita Mateo, más emocionado que sorprendido.

—¿Pero cómo se te ocurre entrar por la chimenea? ¿Te has vuelto loco? ¡Lo has dejado todo perdido! Y Pepe, queridísimo cuñado, suelta ya el cuchillo jamonero que no ha entrado ningún ladrón, es Luis, y ya me encargaré yo de que no repita semejante barbaridad.

Y sin cambiar el semblante, aún descompuesto por el estropicio pero con la benevolencia indulgente que le otorga la condición de ser la primogénita, le achucha dos besos después de pellizcarle su nivea y espesa barba.

—A ver ahora cómo le explicamos a tu sobrina Lucía que Papá Noel ha adelantado su visita unas horas para cenar esta noche con nosotros. Menos mal que la inocencia infantil es un tesoro bendito y creerá cualquier historia que le contemos, aunque podrías haberte disfrazado aquí en casa después de cenar, como todos los años. Deberías agradecer que aún no teníamos el fuego encendido. ¡Felipe! ¿Dónde están los maridos cuando se los necesita? ¡Felipe, tráete troncos buenos, de los gordos, y dale caña a la chimenea, que estamos todos congelados!

Felipe acata la orden en silencio, hace un segundo que se ha metido un mazapán en la boca y lo último que quiere es aumentar el enfado de su mujer por rendirse al dulce antes que al marisco.

—Tita, no te preocupes por las cenizas, pasará la aspiradora en dos segundos y puede que con un poco de suerte hasta encuentre a las dichosas gallinas.

Los mayores, escudados tras el fortín de mantecados, cuchichean arrellanados en sus respectivas butacas: que si míralo qué par de colores trae que parece una muñeca pepona, que seguro que ha estado con sus amigotes y se ha puesto fino de aguardiente o de lo que sea que beba la juventud de ahora. Que en algún momento este niño tendrá que sentar la cabeza y buscar un trabajo en condiciones que para eso se ha deslomado estudiando. Que por lo menos a tí te ha dado un beso, que yo me he tenido que

conformar con un “Ho, Ho, Ho. Feliz Navidad” con esa voz que trae hoy tan gruesa y trabada...

La prima de Mateo termina de pasar la aspiradora, aunque la búsqueda de las gallinas sigue resultándole infructuosa.

La pequeña Lucía, algo somnolienta todavía por la siesta de la que acaba de despertarse, sale de su dormitorio, y dando saltitos con sus zapatillas de peluche con orejas, entra al salón. Su grito de alegría al ver a Papá Noel colocando los regalos bajo el árbol sesga la cabezada de uno de los abuelos y arranca las carcajadas de las abuelas. No duda en sentarse sobre su regazo para contarle que se ha portado muy bien durante el último año, que ya no llama tonto a su hermano Mateo todos los días, solo una vez a la semana, y que en el cole le va genial, que casi no se sale de los bordes al colorear. Y que por eso está segura de que tendrá su merecida recompensa.

En ese momento llaman a la puerta. Mateo acude raudo para abrirla.

—¡Es el tío Luis! ¡Tío Luis? ¿Cómo te has cambiado tan rápido de ropa? Hoy estás que te sales. Pareces un mago, o mejor incluso, un ilusionista como esos de las pelis.

— ¿Qué me estás contando, diablillo? Anda, toma mi bolsa y corre a esconderla, que no la vea tu hermana, que dentro está mi traje rojo.

El tío Luis se adentra en el comedor y pide disculpas por la demora.

—¡Ibais a empezar a cenar sin mí? ¿Pero qué os pasa? ¿Por qué estáis todos tan callados y con la cara desencajada? ¿Habéis visto un fantasma o qué?

—Pero si tú eres Luis, ¿quién, quién es...? —pregunta la madre de Mateo balbuceando.

—¿Cómo que si yo soy Luis? Hermanita, no estarás borracha, ¿verdad?

—¡Papá Noel se acaba de marchar por la chimenea! —grita emocionada la pequeña Lucía—. He visto su trineo por la ventana. Estaba sobre nuestro tejado. ¿Acaso no habéis oído el tintineo de los cascabeles?

—¡Por fin! ¡Las encontré! Encontré a las condenadas gallinas dentro del pozo. ¡Mateoooooooo!

**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA C**

“ELLOS ESTÁN BIEN”

De Iván Albarracín

de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

ELLOS ESTÁN BIEN

¿Carlos?

Jugaba con sus primos y parecía tan feliz como una perdiz.

En definitiva, estaba bien.

¿Paula?

Se reía a carcajadas con los chistes de su abuela.

En definitiva, estaba bien.

Por mucho que aparentara tranquilidad, Julián, el padre de los dos niños, no les quitaba el ojo de encima en la cena de Navidad. Él lo guardaba en secreto, pero deseaba con todas sus fuerzas que los renacuajos que le habían cambiado la vida se encontraran a gusto en una noche tan mágica.

Julián suspiró, observando la situación mientras ocultaba un extraño sentimiento de intranquilidad y no entendía el porqué. Todas las personas que Julián amaba estaban a su lado, pero no conseguía comprender que es lo que estaba fallando.

Junto a él se encontraba su mujer Elena, una madre capaz de transmitir firmeza y valores en un época donde los valores morales eran tan volátiles como el humo de un cigarrillo. A su derecha se encontraban sus padres y suegros, disfrutando de una dulce segunda paternidad sin las exigencias de la paternidad primigenia. Julián observó a su hermana y sonrió, aunque ella parecía más pendiente de su hijo Marcos, obsesionado con ser el centro de atención y gritando como un irresponsable.

Pedro, su cuñado, tan bonachón como dejado en sus deberes de padre, no se enteraba de nada y saboreaba el vino mientras hablaba de fútbol con pasión.

Aquel año ganarían la Champions, seguro.

Incluso Sauron, el obediente perro salchicha del mismo color que el alma del señor oscuro imaginado por Tolkien, permanecía bajo la mesa esperando que algún trozo de sabrosa comida cayera en sus fauces.

Pero, si todo era perfecto... ¿por qué seguía esa extraña sensación en su estómago? ¿Por qué tenía la percepción de que algo no funcionaba correctamente?

Quizás se preocupaba demasiado por las cosas o, sencillamente, se había vuelto algo paranoico.

Bebió una copa del delicioso vino tinto que había traído su cuñado y decidió relajarse, o al menos eso intentó. Sonrió, hizo algún chiste de dudosa gracia e incluso se permitió jugar con los críos, que no parecían muy por la labor.

Tras la sopa de galets llegó el marisco y el olor pareció hipnotizar a todo el mundo, incluidos Carlos y Paula. Aquello le extrañó porque si algo tenían en común los hijos de Julián, tan diferentes entre si como la noche y el día, era que odiaban con todas sus fuerzas esos bichos que vivían en el fondo del mar.

La abuela sacó la bandeja y repartió las gambas a toda la familia. Los niños parecían exultantes ante el manjar y quitaron la cáscara con esmero, esperando poder hincar el diente.

Algo empezó a hervir en el interior de Julián, confirmando todas sus sospechas porque recordaba muy bien que ellos ODIABAN el marisco.

Aquello no podía estar pasando y entonces escuchó un extraño sonido, provocando que la estancia quedara a oscuras y en completo silencio.

Una voz suave se deslizó por su oido.

— Señor Gutiérrez, ya es la hora... Quítese las gafas, vamos a cenar. Es Nochebuena...

Julián hizo caso y observó sus manos arrugadas y viejas, vencidas por el paso de los años. Suspiró, consciente de la realidad y observó a su alrededor. Estaba rodeado de ancianos tan tristes como él, todos ataviados con gafas de realidad virtual y anhelando rememorar un pasado que nunca volvería.

Julián había elegido el último momento en que todos se encontraban felices y sanos, antes de que los primeros achaques y enfermedades asolaran a su familia. Los primeros en marcharse fueron sus padres, años más tarde partió su hermana mayor y por último su esposa, el pilar de su vida. Al recordarla, una lágrima recorrió su rostro, pero fue rápido y se limpió con la manga de la camisa. Ahora solo quedaba él con vida y no durante mucho tiempo o eso creía porque era más duro de pelar de lo que se imaginaba.

Julián dejó las gafas de realidad virtual en la mesita de la sala de estar de la residencia. *“Era la experiencia de felicidad definitiva”* según el logo de la empresa y en parte era verdad. Julián era feliz al recordar aquellos momentos pasados, instantes que nunca se sintieron tan felices como en el momento de añorarlos. La experiencia hubiera sido un éxito rotundo si no hubiera sido porque sus hijos odiaban el marisco.

Carlos y Paula no habían venido a verlo este año por Navidad, aunque era normal. Estaban muy liados, entre el trabajo y los nietos...

Tan liados como el año pasado...

Tan liados como el año anterior...

La realidad le golpeó en el estómago, aunque esbozó una sonrisa de circunstancias al ver a la enfermera.

— ¿Cómo está su familia, Julián?

Silvia era un encanto de mujer. Atenta, cariñosa y eficiente en su trabajo sin perder la humanidad en un mundo cada vez más deshumanizado... Era, sin lugar a dudas, lo mejor de aquella residencia en la que se encontraba desde hacía cinco años.

Julián sonrió, sintiendo una pizca de felicidad real, no artificial, al pensar en sus hijos y nietos. Al final, después de todo, eso era lo más importante.

— Ellos están bien...